

Cuando escribir Historia es un acto de justicia: trabajadores, memoria y la infra política de la resistencia.

Comentarios al libro *Los zapatos de Carlito...* de Federico Lorenz*

When writing history is an act of justice: workers, memory and the politics of the resistance. Comments on Los Zapatos de Carlito... by Federico Lorenz

por Guillermo Colombo**

“Hay hombres frente a sus circunstancias, que a veces las enfrentan, y las cambian, o tratan de cambiarlas (...) Triunfadores o no, nunca vuelven a ser los mismos. Quienes conocen sus historias tampoco”.

Federico Lorenz

Hay consenso en la literatura sobre el período 1976-1983 que la dictadura cívico-militar dio los primeros pasos en lo que fue una transformación profunda de la estructura social del país, mutación que afectó principalmente a los trabajadores, tanto en su posición económica como en sus vínculos sociales y relaciones políticas. De allí en más, en la Argentina nos acostumbramos a vivir en un país cada vez más desigual. Las clases dominantes, con las Fuerzas Armadas como unidad ejecutora, buscaron desmontar el régimen de acumulación que conocemos como *Industrialización por sustitución de importaciones* (con su orientación -en diferentes niveles- al desarrollo industrial y al mercado interno y dentro del cual adquirió un enorme peso el movimiento obrero organizado que desde 1946 consolidó al peronismo como su identidad política mayoritaria). Además de la guerrilla y las organizaciones y corrientes radicalizadas, el objetivo consistía en desarticular de raíz las causas que favorecían el poder social de la clase trabajadora.

Ya antes de 1976 trabajadores y militantes de organizaciones sociales fueron asesinados, a medida que cobraba mayor virulencia el enfrentamiento al interior del peronismo. Después de marzo, las bajas humanas en las organizaciones de izquierda y populares se incrementaron a partir de la sistematización de la política desaparecedora implementada por la dictadura. En el caso de la localidad de Tigre, más precisamente dentro del astillero naval Astarsa, alrededor de treinta trabajadores vinculados a la Agrupación *José María Alessio*, ligada a la *Juventud Trabajadora Peronista* (uno de los frentes de masas de la organización *Montoneros*) fueron asesinados o desaparecidos. No sólo sus cuerpos de carne y hueso fueron aniquilados y destruidos sus vínculos políticos o gremiales, también sus relaciones familiares y afectivas se dislocaron. En su afán destructivo (y homicida), la represión arrasó a una agrupación sindical constituida por personas unidas muy estrechamente, amigos de la infancia y vecinos.

Federico Lorenz considera que estudiar la historia de *La Alessio* constituye una posible vía de entrada para comprender los vaivenes de la militancia sindical previa a la dictadura, las contradicciones producidas entre las organizaciones de base y las estructuras partidarias -de la izquierda peronista en este caso-, la coexistencia de tradiciones de lucha barrial y el desarrollo de nuevas prácticas

* Federico Lorenz *Los zapatos de Carlito: una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2007, 304 p.

** El autor es Profesor y Licenciado en Historia (UNMdP), Becario Doctoral del CONICET, integrante del Grupo de Estudios Sociales Marítimos (GESMar). También es miembro de la *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*. Desarrolla su actividad docente en la cátedra “Estructura y Cambio Social” de la carrera de Sociología en la Facultad de Humanidades de la UNMdP.

gcolomb@mdp.edu.ar



políticas en un contexto de enfrentamiento “militar”. Pero ¿cómo contar entonces la historia de *La Agrupación* y de los hombres y mujeres que la integraron? Para el autor, narrar las experiencias de los obreros a partir de descripciones en términos organizativos, estructurales, políticos o ideológicos conlleva necesariamente un descuido. Y ese descuido afecta al objeto de estudio de la historia que son, siempre, los propios hombres y mujeres. Es por ello que Lorenz decide no contar la historia de una agrupación político-sindical, sino más bien la historia de un grupo de hombres y mujeres atravesados por la experiencia sindical. Es el relato de los vínculos que aquellos individuos construyeron a partir de vivir y sentir dichas relaciones. Su conducta no puede explicarse desatendiendo los lazos sociales constituidos a partir de los afectos, porque aspectos como la lealtad y la pertenencia, la pérdida y la identidad, son recurrentemente expresados por los actores más en términos afectivos que estrictamente políticos. También su identidad se sustentaba antes en valores éticos que políticos, siendo el armado de una agrupación sindical de orientación revolucionaria paralelo a la conformación de un núcleo de amigos.

El peso de las motivaciones afectivas en las conductas políticas y la carga subjetiva en la toma de decisiones, entiende nuestro autor, son aspectos soslayados en los estudios sobre la década del setenta. Y, en la medida en que ello es un aspecto fundamental de las decisiones de las personas, se mal comprende la lucha política. Por ello propone instalar el foco del análisis en la experiencia de los sujetos, y aún más específicamente, en cómo éstos rescatan esas experiencias y le otorgan un valor en la conformación de sus identidades como trabajadores. Los navales de *La Alessio* eran amigos y compañeros y no era fácil encontrar fronteras claras para cada una de aquellas relaciones. Compartían tanto la lucha política como los grupos de amigos y la familia. De ahí el reiterado esfuerzo que Lorenz pone en mirar qué tipo de acciones desarrollaban los obreros y en cómo se sentían y actuaban ante los problemas que planteaba la actividad sindical.

Un acto de justicia

Siendo los más afectados por la política económica y desaparecedora de la última dictadura militar, los trabajadores tienen en el campo actual de los estudios de *la memoria* una infrarrepresentación de su relato. Opina Lorenz que existe un vacío sobre la historia de las experiencias de los obreros, contrarrestado por una gran cantidad de testimonios de sectores de clase media ilustrados. A su vez, ese vacío se expresa en la sobreabundancia de estudios sobre la lucha armada y la obliteración de análisis sobre las voces de la militancia sindical. De ahí que sea necesario rescatar una narrativa eclipsada no sólo por los que reprimieron a los trabajadores, sino también por quienes contaron la historia de aquella represión. Éste rescate es considerado por el autor como un acto de justicia. Se trata de recuperar y conocer a las personas y sus historias allí donde la represión buscó la obturación de sus vidas y aún del recuerdo. Es por ello que el autor pretende brindar

conocimiento sobre aquellas voces y experiencias a través del análisis de un estudio de caso basado en testimonios, algunos periódicos e información del Archivo Provincial de la Memoria (ex DIPBA). Para comprender en qué país vivimos, hay que desentrañar qué procesos y vínculos sociales buscó destruir la dictadura, qué fines persiguió el uso del terror.

Y este acto de justicia no sólo implica devolverles la voz a los trabajadores, sino también reintegrarle su capacidad de agencia, su lugar como actores sociales de los procesos que vivieron. Acertados o equivocados, fueron ellos quienes tomaron sus decisiones. En este sentido debe leerse la adhesión de *La Agrupación* hasta el final a la línea político militar de Montoneros. Lejos de ser “cooptados” o “manipulados”, los integrantes de *La Alessio* eligieron ingresar primero, y más tarde, seguir vinculados con la organización, atravesando procesos con tensiones, discusiones y apuestas político-afectivas.

El contenido y las formas

Pero al acto de justicia aún le falta una instancia. Porque no se trata sólo de devolverles a los obreros la voz. También, y fundamental en la construcción narrativa de *Los zapatos...*, hay que restituirles la posibilidad de contar su historia. Sin el utillaje conceptual de los sectores de niveles educativos elevados, las descripciones que los trabajadores navales hacen de su participación en los hechos políticos de la década del setenta son una cantera donde encontrar, considera Lorenz, los objetos más contundentes de la época como la violencia, la conciencia de clase, la identidad política, el respeto por el heroísmo y la lealtad. Es por ello que el autor decide no “salirse” de la perspectiva de los actores. Pero, indica, esto no es por ingenuidad ni por un problema de fuentes, sino por una apuesta político-metodológica que implica adoptar un punto de vista. Y ello obliga a pensar otros modos narrativos. Combate así los límites impuestos por la profesionalización desarrollada a partir del retorno de la democracia y las reglas que (eso que dimos en llamar...) “La Academia” fija constantemente como las fronteras dentro de las cuales tiene que escribirse historia. Asume nuestro autor que la mirada analítica estrictamente reglada es, tanto como el relato legendario y apologético, una forma de escritura que se vincula con el contenido del relato. Entonces no sólo el contenido de los relatos está en disputa, sino también sus formas. Es por ello que escribir de otro modo implica una apuesta no sólo metodológica, sino también política. Alterar las formas y rescatar las narrativas de los trabajadores, contribuye al proceso de construcción identitaria de los obreros y, en la medida en que permite a los sectores subalternos instalar su propio relato en el universo de la lucha por los significados, constituye, por qué no, un infra política de la resistencia.

De ahí que reconocer la capacidad de acción de los trabajadores navales exija darle un lugar también a su narración, a los modos en que recuerdan, organizan y cuentan sus vivencias. De lo contrario se repite el sesgo clasista de las historias que reprodujeron la lógica de aquellos que,



desde fuera, pretendieron “conducir” a los obreros. Ante ello Lorenz, desde una escritura simple y liberada del usualmente aburrido cuerpo erudito, suspende su voluntad analítica y se deja llevar por el relato de sus entrevistados. Rompe el modelo previo ideado para ordenar la historia que cuenta, permitiendo que la fortaleza de la narración siga su cauce. Entonces historiador y relato de los actores se confunden, conformando un sólo texto en términos de construcción (y reflexión) colectiva. El analista no está afuera de la historia que cuenta, sino que es una parte más de ella. La completa a partir de la narración. Se vuelve actor y los actores se vuelven narradores. El historiador, porque siente la responsabilidad de hacer algo con el dolor que percibe, con el relato de una lucha, releva a los actores y hace lo que éstos no pudieron hacer: darle formato de libro a aquella historia. Asume de este modo un lugar en la transmisión de conocimiento sobre el pasado deliberadamente “olvidado”. Son los trabajadores quienes construyeron su propia historia, y por tanto, tienen derecho a que se conozca su forma de contarla. No sólo su historia debe ser reivindicada, sino también el modo sencillo que tienen de narrarla. Así, el investigador adopta una posición ético-política ante su objeto y completa el acto de justicia colaborando con los sectores subalternos en su lucha por la búsqueda de respeto y reconocimiento.

A su vez, pensando en el “para quién escribimos”, la historia que se cuenta debe ser clara. Lorenz desea que su público esté principalmente constituido por los propios navales y sus hijos, para que recuperen, con su historia, la dignidad de su lucha. También -se desprende del texto- imagina un lector especialista a quien le explica que “ésta también puede ser buena historia”. Con todo, para nuestro autor, no es cierto que la disputa social deba leerse en un antagonismo estético - metodológico entre la legitimidad del testimonio y las reglas del arte del historiador. El antagonismo, en todo caso, sucede entre proyectos políticos materializados en herramientas retóricas y metodológicas para escribir la mejor historia que podamos. Porque la represión no sólo atacó vínculos sociales sino también formas enteras de relacionarse con la historia, es tarea de los historiadores del presente recuperarla.

Algunos límites del relato de los actores

Dice Lorenz que los sentimientos son sentimientos y aunque inexplicables (ya que no inclasificables) generan conductas y orientan decisiones. La entrega, la traición, el valor no pueden restringirse a categorías políticas o analíticas. Resulta por ello totalmente válido acudir a las representaciones de los actores para explicar su conducta, sus acciones y decisiones. Pero el problema aparece cuando esas representaciones se consideran como “lo que realmente ocurrió”. Cuando la perspectiva de los actores, tal vez involuntariamente, termina convirtiéndose en “la realidad” y “su” verdad se lleva al plano de “la” verdad.

Lorenz es sincero cuando afirma la existencia de un vínculo afectivo entre historiador y objeto de estudio. Y, como bien se encarga de advertir, ello no tiene por qué constituir un límite apriorístico para escribir “buena histo-

ria”. Sin embargo, y quizás como consecuencia de lo que a nuestro juicio constituye un problema metodológico (y que explicaremos en el próximo apartado), presenta una lectura demasiado dicotómica de la situación de los trabajadores de Astarsa. Por momentos, la argumentación que ofrece *Los zapatos...* sugiere una situación de polaridad al interior del universo de los trabajadores navales organizados, donde pareciera emerger una disputa entre buenos y malos. Los buenos son los integrantes de *La Agrupación*, los malos son los burócratas sindicales. Los primeros son combativos, democráticos y luchan en defensa de los intereses de la clase obrera; los otros son burócratas, enemigos de su propia clase. La conducción del Sindicato de Obreros de la Industria Naval, antes combativa y ahora devenida en vanderista (y el hecho de catalogarla dentro del vanderismo parece funcionar como sanción político-moral), sólo actúa de manera progresiva cuando es presionada por “las bases”. Mantiene vínculos con la patronal y luego participa de la represión a los obreros. De ahí que pareciera gobernar sólo a través de la coerción, el engaño o la manipulación sin tener ningún sustento entre los trabajadores. Lo que se le opone es “moralmente” superior y representa “los intereses de los trabajadores”. En el esquema de interpretación, compiten en la lucha gremial los verdaderos representantes de los obreros, es decir *La Agrupación*, versus la *corrupta y traidora* burocracia sindical. Y ésta imagen se construye en el texto a partir de lo que los propios miembros de *La Alessio* cuentan de sí mismos y de sus enemigos políticos.

Pero en *Los zapatos...*, lo que se presenta como una historia de los trabajadores navales de Tigre es en realidad una historia de los miembros de *La Agrupación*; y más aún de lo que esos miembros dicen (hoy) de sí mismos. Lorenz sostiene que no le interesará “salirse” de la perspectiva de sus actores, de la clase que ha sufrido la represión. Pero esa clase aparece en el relato sólo a través de las experiencias de los integrantes de *La Alessio*. Los burócratas son burócratas y por tanto no merecen ser escuchados. El resto de los trabajadores no necesita expresar su voz, porque su sentir se está expresando a través de lo que dicen los integrantes de *La Agrupación*. Y en tanto la “burocracia sindical” del SOIN constituye el enemigo (en el mismo lugar que la patronal) de *La Alessio*, es también un enemigo de toda la clase. Y ese no deja de ser un argumento problemático. Más aún cuando el criterio para definirlo es la experiencia de los propios obreros de *La Agrupación*. Parece lógico que en la historia que cuentan los trabajadores vinculados a *La Alessio* fueran ellos los que representaron verdaderamente a la clase trabajadora. Pero asumimos que el traslado de lo que expresan los actores sociales a la explicación en ciencias sociales requiere necesariamente de mediaciones, de un trabajo que complejice la trama de significados, el cual no encontramos en *Los zapatos...* Porque la experiencia y narrativa de los obreros, útil para reconstruir la imagen que ellos tienen de la clase obrera, de la política, de la burocracia y la patronal, no puede ser presentado como “la realidad”. De lo contrario se le asigna a los miembros de *La Agrupación* el rol, ya no sólo de definirse a sí mismos, sino de



definir “lo real” en general.

Los burócratas: comodín en las explicaciones de los “fracasos” de la clase obrera

Otro aspecto problemático remite a los modos de entender las disputas intragremiales. Más allá de que en términos ideológicos nos sintamos, al igual que Lorenz, más cercanos a los obreros de *La Agrupación* que a la conducción del SOIN ¿debe llevarnos ello a creer que quienes no apoyaban a *La Alessio* no eran obreros? Los viejos trabajadores que consideraban a los jóvenes miembros de la agrupación como “bichos colorados” ¿perteneían a otra clase social? Y el antagonista, acusado de burócrata ¿sólo gana las elecciones internas por la manipulación, el engaño y la coerción o mantiene algún grado de representatividad entre determinado sector de los obreros navales? Aunque pretende discutir esta imagen, el texto por momentos termina construyendo una clase obrera a imagen y semejanza de los trabajadores militantes de *La Alessio*, desconociendo que tal vez muchos obreros se sintieran más representados por la burocracia sindical (que, recordemos, ganaba las elecciones) que por la agrupación. De ahí que sean necesarios análisis que se planteen la investigación de la construcción cotidiana de relaciones de representatividad en las fábricas y los sindicatos.

Asimismo, consideramos que no debe borrarse del universo de análisis que la lucha gremial también se manifiesta en la confrontación discursiva. En este sentido, el uso de los actores de la noción de burocracia funciona en el nivel de la denuncia, procurando restar legitimidad al enemigo gremial, al mismo tiempo que, por oposición, el denunciante se presenta como no-burócrata. Trasladar ese concepto a la explicación de las ciencias sociales, sin atender a esta disputa que le da origen, constituye, al menos, una omisión del contexto de enunciación y un olvido de la situación de enfrentamiento que la tiene como trasfondo.

Y estas advertencias no se agotan en aspectos metodológicos. También, y principalmente, pretenden alertar sobre una cuestión política. Porque las lecturas que sólo analizan a las burocracias sindicales desde una lógica negativa, separando de manera tajante los intereses de éstas respecto de los de “las bases”, vuelven invisibles los conflictos suscitados al interior de la propia clase obrera, y que no necesariamente se produce entre “cúpulas” frente a “bases”. Sino generalmente entre diferentes fracciones obreras que disputan por la conducción de los trabajadores, evidenciando enfrentamientos entre “dirigencias” con “bases” versus otras “dirigencias” con “bases” (aunque alguna de las dirigencias puedan no estar institucionalizadas). Al mismo tiempo, pensamos que constituye un descuido muy importante ignorar los grados de representatividad que, en determinadas ocasiones, mantienen “las cúpulas” supuestamente “burócratas”. Sin problematizar este aspecto se invisibilizan las lealtades que “los burócratas” construyen entre “las bases” y se eliminan de la observación los modos en que construyen poder y política sindical.

Con todo, el libro de Federico Lorenz constituye un aporte para recuperar las historias de militancia de los obreros en el período previo al golpe militar, arrojando luz sobre las características de la sociedad argentina de entonces. Un aspecto fundamental para seguir comprendiendo aquello que la dictadura buscó destruir. Al mismo tiempo, permite pensar en otros modos de narrar la historia, formas asequibles para un público más vasto que el reducido campo de los especialistas, advirtiendo sobre el sesgo clasista de los modos de escritura dominantes en nuestra profesión. Como señala Mijail Bajtin “*Porque nada está completamente muerto: todo significado tendrá, algún día, su festival de bienvenida*”. Y, al rescatar la memoria de los sectores subalternos (siempre que se la comprenda en discusión con los discursos oficiales y la acción de otros operadores culturales que contribuyen a dar forma a la arquitectura de los relatos), Lorenz nos muestra las posibilidades del investigador como participe de la lucha política por la continua construcción y reconstrucción de significados.

Recibido: 31/05/2009

Aceptado: 30/09/2009